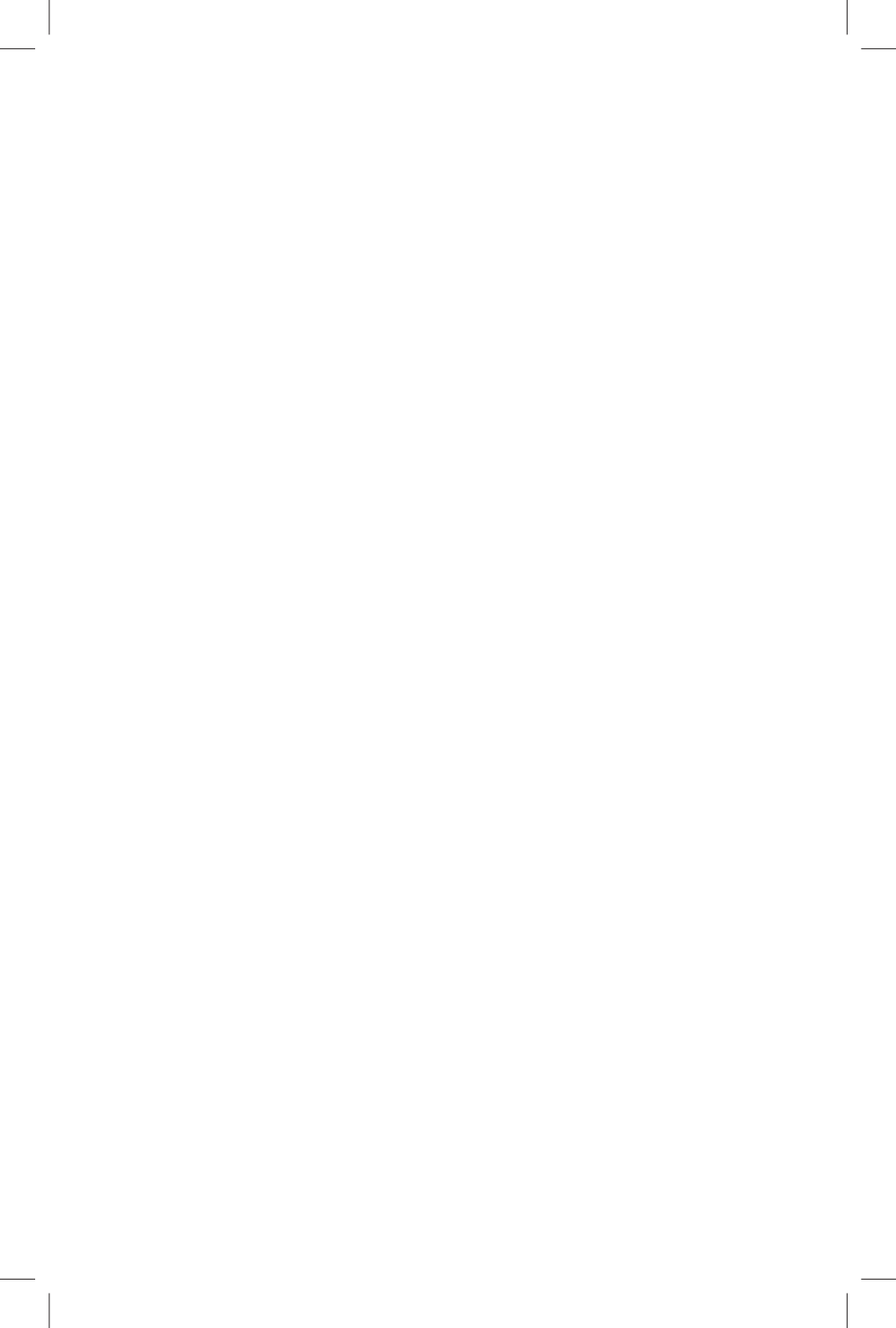


## **UNA FÁBRICA DE TEORÍAS**



—El hombre debería ser más paciente y saber esperar hasta encontrar la respuesta a sus preguntas —dijo el profesor.

Era una de las primeras clases de Psicología General. Yo debo de haber estado con la atención distribuida: en parte atento a él y en parte a los mil estímulos diferentes que tenía que absorber en esos meses como nuevo habitante de una Buenos Aires cruel con los jóvenes recién llegados del interior.

—Sucede que la razón —siguió el docente— es una fábrica de teorías. Y Freud escribió, con todo acierto, que la razón necesita explicaciones, y si no encuentra una rápida, la inventa.

Yo, que venía de una escuela religiosa, era la primera vez que escuchaba hablar bien de Freud. Pero aunque era un alumno apenas ingresado, podía decir que sí, que Freud tenía razón. Su teoría me había hecho acordar a la morsita de mi tío. Debe de haber sido el modo coloquial y narrativo del profesor, que me transportó a la infancia.

Yo era el más chico de muchos hermanos y tuve la suerte de que ni mis padres ni ellos me mandaran a dormir: lo más lindo del mundo era quedarse a escuchar los relatos de los grandes en esas veladas interminables. De tanto en tanto, si al día siguiente era domingo, o si había llegado alguien de trabajar en otro campo alejado, o si se alineaban los astros, la cena, alrededor de una mesa enorme, se continuaba en charlas sin fin.

—¿Te acordás cuando el tío Luis instaló la morsita de fundición en la herrería? —empezó una vez Juan.

—Uh, sí, tardamos como diez años hasta contarle a papá lo que había pasado —se prendió Gerardo.

—¿Qué pasó, qué pasó? —preguntó Inés, siempre curiosa pero olvidadiza, porque seguro que ese cuento había tenido ediciones previas.

Y como si fuera un canon a dos o más voces, empezó la música celestial de las historias.

—El tío tenía una morsa chiquita que había traído de Italia. La tenía guardada y la usaba para trabajitos y artesanías. Como era de fundición de hierro, era muy delicada, si le pegabas fuerte la podías partir. El tío nos había explicado a todos con cuánto cuidado había que usarla. “Oko con la fundizione, se puede rompere”. Hacía digamos una semana que se había decidido a instalar la morsa ahí y un día vamos nosotros y necesitábamos remachar no sé qué...

—No —interrumpía Gerardo—, estábamos queriendo ponerle un cabo nuevo al “cuchillo alemán”.

En casa había objetos con tanta historia que tenían nombre y apellido: el cuchillo alemán, la tijera de la nona, el tarrito de la plata. La vitrina no necesitaba adjetivo.

—La cuestión es que la morsa estaba apretando un fierro que había dejado el tío y nosotros lo sacamos, nos pusimos a trabajar y al tercer martillazo ¡le voló un cacho a la morsa!

—¡Uy! —se sorprendió Inés, llevándose la mano a la boca y conteniendo la respiración.

—Sí, nos pegamos un susto de la gran siete. Lo primero que se nos ocurrió fue dejar todo como estaba. La fundición de hierro es como la loza, si vos ponés los dos pedazos bien juntos no se nota nada. Y ni una ni dos, pusimos el pedazo, apretamos el fierro como estaba antes y desaparecimos.

—Esa tarde andábamos cada uno por un lado y los dos mirando de lejos para ver si al tío se le daba por ir a la herrería. Aunque estábamos en pleno invierno, a nosotros la tarde se nos hizo larguísima.

—Al otro día, ¡un frío, una helada, todo el campo blanco!

Nosotros, calentitos en la cocina, ni queríamos asomar el hocico, y sentimos el grito: “¡muchachi!”.

—No, no era un grito; a mí no me asustó tanto, era un llamado.

—Sí, sí, era un llamado, si el tío Luis era un pan de Dios. Pero con lo que quería a esa morsa era para asustarse. Al tercer llamado fuimos; medio remolones, pero fuimos. El tío estaba pensativo, inquieto. No se conformó con nuestra presencia, quería que estuvieran los hijos de él, los otros sobrinos y los dos o tres peones que podían andar por la herrería.

—Nos mirábamos con Juan porque no entendíamos qué quería el tío. Los que iban llegando entendían menos que nosotros, pero bueno, ahí estábamos, esperando, formando una especie de ronda, éramos como diez.

—Sí, y agarra el tío y dice: “Butei...”. Empezó en dialecto italiano, como hablaba siempre, pero como había peones se corrigió y empezó en castellano. “Muchachi, miren lo que pasó. Ío deké questo fierito acá bien, bien pretado con la morsita de fundizione. Ma hay que tener cuidado, cuando hace un grande, grande frío.”

—Tal cual. Me parece escucharlo. El tío Luis reforzaba lo que decía repitiendo algunas palabras.

—Todos ahí expectantes, mirando la morsa con el fierro y al tío Luis que empieza a aflojarla hasta que cae el fierro con un pedazo de morsa en una mano que había puesto debajo. El tío nos mostró lo que tenía en la mano y, resignado, nos dio su explicación y su enseñanza: “Ven, si uno deka un fierito muy, muy pretado en una morsita de fundizione, con el frío, la humetá e la helata, la fundizione se parte”.

—Y el hombre —estaba diciendo el profesor cuando volví a la clase— muchas veces se queda trabado por siglos creyendo

*Domingo Boari*

que sabe. Y no quiere volver a preguntarse. Pero no hay que echarle la culpa a la razón. El problema es el hombre, que no se aguanta el dolor de no saber.